

## LOS LIBROS

CONOCIMIENTO Y EXPRESIÓN DE LA ARGENTINA, por *Eduardo Mallea*.—(Sur, Buenos Aires).

Eduardo Mallea es uno de los espíritus más finos y sutiles de la Argentina. Su decantamiento psíquico, producto de viajes, lecturas y condiciones no siempre comunes, ha dado páginas de asombrosa perfección a la novela y al cuento.

Ahora, después de cerca de un decenio en que no había publicado un libro, reaparece con una conferencia pronunciada en Italia y contenida en el pequeño y pulcro volumen editado por «Sur», con el título de «*Conocimiento y Expresión de la Argentina*».

En él se plantean novedosos y plásticos puntos de vista sobre la nacionalidad argentina, su pasado, su presente y su futuro. Se ahonda en un tema que ha constituido motivo de meditaciones para filósofos y viajeros, desde los tiempos de hispanismo fértil, al estilo de Altamira y de Posada, hasta el intuicionismo trashumante de los Ortega y Gasset, los Keyserling y los Waldo Frank.

La nación vecina ha desorientado con la vastedad de su pampa, denominador común de las revelaciones súbitas que han asaltado a los intérpretes. La pampa ha tenido la virtud de estimular la caudalosa vena de las revelaciones y el símbolo de don Segundo Sombra ha favorecido el incitante y profético tono de videncia de innumerables literatos superficiales.

Pero hay una hondura hecha de dureza y de silencio, que envuelve al argentino del campo, distinto del argentino de la ciudad. Hay atmósferas y planos creadores de divergente sentido. Hay un misterio alucinante en el tema argentino que es de un evidentísimo peligro. Por eso, al bordearse el motivo de la pampa como índice del carácter nacional se desliza el escritor con facilidad a la escollera de los lugares comunes.

Mallea está dotado de una sensibilidad vigilante y experta en los trances del espíritu. Mezcla su cultura moderna y selecta con la ponderación interna revelada en una prosa de calidad extraña, con un léxico escogido e insinuante, con fulguraciones espirituales intensas.

Para Mallea el escritor es: un hombre que renace, perennemente de sus agonías por la palabra «Las palabras—agregan—traen la imagen y la imagen el símbolo; en medio de la creación de un mito, el escritor se halla de pronto aludiendo misteriosamente terribles elementos de un mundo desconocido que pugna por nacer. El imperio potencial de ese mundo, lo ignoto y dominante de sus manifestaciones, la percepción de su misterio llevan al creador puro a un estado de alucinación cuya sola atmósfera importa; de ese alejamiento, de esa transitoria residencia en un estado segundo, de este *delirio lúcido*, nace una nueva realidad»

Como se ve, el autor de *Conocimiento y expresión de la Argentina* afianza su verbo en un dominio mágico, de revelación y de impensados límites. Pero luego, su raíz racionalista, le indica que pocos salvan los peligros de la huída. Aquí indica el ensayista primoroso que el arte es una tentación de fuga que sólo los fuertes pueden afrontar.

En la trama de sus intuiciones, por lo demás, se mezclan con tino ejemplar las flores del lirismo con los severos ejemplos de la realidad circundante.

Con tales elementos la visión de Mallea se escapa de toda vulgaridad y enfoca singularísimos horizontes de América, a

través de sus argentinas sugerencias. Para Mallea, la carencia de voz es el hirsuto lazo que ata al hombre a su yo árido. Y el drama y la tragedia de América no residen en otra cosa que en la existencia de una voz inarticulada, que busca una expresión en medio de horizontes silenciosos, concentrados y henchidos de pasión no siempre creadora. Es la lucha de lo informe, de lo caótico, de lo que está en potencia con las corrientes ordenadoras y jerárquicas. De ahí nace el íntimo y profundo estremecimiento de esta hora en que diversas corrientes tratan de canalizar el río de los instintos continentales. Pero no todos los ordenadores han sabido despojarse antes de las hirsutas influencias del medio, de las complejas corrientes subterráneas del criollismo.

El silencio de los argentinos es un grito para Mallea. Ese grito está amasado con las complejidades de un país que a primera vista es pampa y horizonte; pero que se empina en el trópico y cae vencido en la confluencia de dos mares, en el remoto astro. Por obra de tales elementos geográficos, físicos, raciales y psicológicos se ha modelado la fisonomía del argentino, en cuya sensibilidad existen zonas de misterio y de sombra espesa.

Mallea trata de aclarar el misterio y de ayudar en la captación del llamado hombre a la defensiva. Mucho queda en él de abrupto y de infantil. Con elementos de silencio y de llanura ha logrado concretar ese tipo síntesis, discutido por algunos, del Segundo Sombra, que ciñe la visión hidalga de Güiraldes. Pero eso no es ni puede ser todo. Porque en Güiraldes sólo late el problema conformista y el picaresco arrancar del personaje, no el drama genuino de la tierra. Porque también Güiraldes, prosista y poeta supremo, estilizó su visión y la acomodó a su gran temperamento errabundo y lírico. Pero sus limitaciones se compensan en lo que muchos estiman la síntesis perfecta de las nuevas inquietudes argentinas, con el hervor de vida, con las dulces metáforas, con la huidiza prestancia del tipo campero.

Mallea insiste más adelante en la dispersión y en la división

del mundo argentino. Bajo este signo nació él y a su sombra se modelaron los demás hombres posteriores a 1900.

Hay ahora un sentido de unidad creadora, un fluir latente de jerarquía que alecciona a los espíritus que vieron la tremenda lucha del instinto contra la «inconsciencia ensoberbecida».

Al contarnos Mallea su problema, sin querer nos instala en el ámbito de todas las discordias argentinas. Tanto las políticas, como las geográficas y regionales, como las literarias. En las políticas hubo y pervive algo que él no expresa, pero que baña el subconsciente de las pasiones internas de los argentinos.

Nos referimos a la lucha de las manadas discordes con los directores y pastores de almas y de multitudes. Por algo se transformó el fermento de los llanos, construido a la sombra de Quiroga y de otros caudillos, en el contemporáneo tumulto del caciquismo político, con sus expresivos símbolos, los Lencinas, los Cantoni, etc. Esto en lo literario cultivó también el tono bonaerense del «alacraneo», con sus capillas y lapidaciones individualistas.

Pero conviene en todo caso decantar tales materiales de interpretación y no olvidar que tiene el caudillismo raíz histórica y justificación en la atmósfera de irrealidad en que se colocó el litoral artero.

Mallea compara más adelante en un párrafo ejemplar la diferencia de módulos vitales entre el europeo y el argentino, esto es, el americano. El primero nació cuando la cultura estaba en forma y el estado en orden dentro del sentido spengleriano del vocablo. Ya todo había sido fijado en su límite expresivo: la cultura, el saber, la política, la misma economía parecía superada en su etapa capitalista. En cambio, en el americano todo había que construirlo con los materiales dispersos de un inorgánico escenario. Este último estaba acechado por la ansiedad de llegar a un estado de conciencia.

Y no otra cosa revela el intento de Mallea, similar al que hacen otros ensayistas e ideólogos de su país, como Doll, los

Irazusta, Erro, Luis Franco, Victoria Ocampo, etc., que palpan en las tinieblas de un caos que se torna día a día claridad.

Por las expresadas y por otras razones es fácil que el extranjero aunque sea un Keyserling, se equivoque al aludir los temas argentinos. Así ha confundido el filósofo báltico su mutismo con la ceguera, por más que haga radicar en el porvenir grandes esperanzas creadoras.

Mallea desencadena hábilmente sus impresiones sobre el conocimiento y expresión de los argentinos. Señala la difusa raíz de los equívocos y penetra con paso firme en un campo interpretativo muy propicio a su claridad sintética.

En la porción culta de su patria señala un grupo director que desea identificarse con la cultura y con la jerarquía.

Esta última palabra ha sido llevada y traída mucho por los ideólogos del fascismo y por los subrepticios esclavos del oscurantismo. Pero en cierto sentido ayuda a comprender las erguidas inquietudes de innúmeros americanos de hoy, de matices divergentes, como Picón, Sánchez, Marinello, Arias, López de Mesa, Alfonso Reyes, y algunos grupos chilenos, aparte de los argentinos ya señalados. Pero es terreno propicio al equívoco el de la jerarquía. Algunos confunden su sentido greco-latino, su extremismo mediterráneo, como otros naufragan en el exclusivo fervor soviético, para apuntalar sus creaciones ideológicas.

Una jerarquía americana, como el Ángel del Apocalipsis, puede tener su cabeza perdida entre las nubes, pero nunca puede olvidar que sus pies deben estar con firmeza asentados sobre sólido suelo de realismo.

Porque con las vagas jerarquías, que evocan las teorías de los ángeles y las celestiales especulaciones de ensayistas como Ramiro de Maeztu, se trata de soslayar el hondo mundo mestizo de la América. Y aquí obra la realidad tremenda y compleja, sutil e inquietante a la vez, que no sienten todos los modernos ensayistas, más o menos actualistas y más o menos europeizantes.

No es este un reproche que pretendemos hacer a Mallea,

argentino como el que más y comprensivo como pocos espíritus de su patria. Pero esperamos de su pluma una visión más realista del mundo mediterráneo de su nación, cuyo subsuelo es fecundo en mareas levantiscas e instintivas.

Constituye uno de los aciertos más grandes de Mallea su interpretación del campo argentino en relación con el hombre y el paisaje. Constituye su punto de vista prestigiado por sedimentada cultura y por dilatadas perspectivas y viajes europeos, un testimonio de aliento para un aspecto personal de crítica.

Refiriéndose al campo y a la urbe, anota Mallea que de éstos, sólo el último ha tenido hasta hoy expresión artística, si bien precaria en general por lo que llama «la escasa hondura psicológica del sujeto humano representado y lo primitivo del instrumento comprometido en la obra». Y añade unas felices palabras tan preñadas de realidad: «En estas evocaciones es el paisaje lo que primó; el hombre, psicológicamente, fué transportado en su forma más elemental. El habitante de la ciudad, en cambio, permanece sin haber sido transportado a la literatura. Pero en el dominio de lo real sucede precisamente lo contrario; en la vida argentina es el hombre de la ciudad el que habla; el habitante del campo está refugiado en su silencio». (Páginas 30 y 31).

Ha tocado aquí un punto nuestro ensayista que, lógicamente, repercutirá en la literatura chilena. En las novelas de estos países en formación, el interés radica todavía en el campo, con sus problemas y pasiones que absorben fundamentalmente, ya que en ellos la raíz agraria de la economía, que informa al hombre, es evidente.

Algunos críticos obstinados y europeizantes, amigos de lo delicuescente por no haber cavado en la realidad del subsuelo mestizo, se han perdido por años en la divagación pueril de que no hay problemas en nuestra literatura campesina. Pero no es que no existan problemas sino que ellos no los ven.

Es el crítico el que crea los problemas, decantándolos en sus lecturas, agrupándolos en sus meditaciones, afirmándolos en sus

postulados creadores. Pero no es la ciudad aun el centro de la gravitación novelesca americana por vastas y complejas razones. Conserva mucho todavía el hombre ciudadano las influencias europeas de inmediata trasplatación, tanto en maneras, como en giros, sensaciones y estilo de vida. En cambio, permanece, no obstante la saturación creciente de ciudadanía, el campo en su perdurable predominio que imprime el tono de la existencia a lo político, con su férvida ruralidad, con el pasionismo de su colorido, con su impermeable y consistente conservantismo.

Cuando la novela expresa y capta en estos países algunos tipos ciudadanos no hace otra cosa que dar aún la sensación de una descolorida versión de lo que está de moda al otro lado del océano. En cambio, cuando afina su penetración en lo rural enriquece la interpretación de América con lo permanente y ahincado de su fisonomía. Tal sucede con lo mejor de la literatura argentina y uruguaya, desde Güiraldes hasta Quiroga, desde Acevedo, Díaz hasta Amorim, tal pasa con los recios rebrotes novelísticos de México, Colombia y Ecuador, donde han surgido escritores vigorosos y variados como Rivera, Azuela, Uribe Piedrahita, Antonio García, Salvador, Pareja Diez-Canseco, de la Cuadra, Gil Gilbert, Aguilera Malta, Martín Luis Guzmán, Muñoz, y tantos otros ejemplares.

Tornando al punto de vista de Mallea, hay en la Argentina una discordia entre el tipo de la ciudad y el del campo. El primero, habla y se expresa con la estridencia abarrocada y casi tropical del tango y del cancionero del lunfardo. El segundo, se contiene y en los punteos de las vidalitas entrega algo de su espesa melancolía.

Pero todos se completan en un aspecto: el del sentimentalismo común. Este ha construído su trama como una compensación al desgaste continuo de la prepotente raza, henchida de proyectos, dinámica, activa y trabajadora.

Esta evasión de los argentinos constituye uno de los temas de ensayo más seductores e incitantes. Porque en el canto y en

el alcaloide permanente de su melancolía existe una especie de compensación para sus complejos y tremendos impulsos que vitalizan su colorido étnico.

Creemos que Mallea exagera la influencia unitaria de Buenos Aires y la hace extensiva a Chile con holgadas referencias (Páginas 35) que no resisten una actual revisión histórica. El orden jerárquico de tipo medioeval, que él identifica al patriado europeizante de Buenos Aires, estaba más bien latente en las dormidas fuerzas cósmicas del interior y de la llanura. Era como la reserva hispánica, que se evidenció más tarde, tanto en Argentina como en Chile, con las reacciones colonialistas de Rosas y de Portales, afirmadores de lo nacional, antiextranjeros y subordinados a la autoridad del sueño secular de la Madre Castilla.

No quiero restar laureles a Mallea, pero estimo que ese orden jerárquico fué más bien un intento que una realidad. A los pocos años de la Independencia ya vivían de idéntico modo las separaciones de clases y los problemas agrarios que no supo ni pudo quebrantar el gobierno patricio y oligárquico de Buenos Aires, como los patriotas candorosos de Santiago.

La extraña dignidad, el extraño resplandor, el extraño fuego que supone Mallea a dichos hombres tuvo mucho de ejemplar, pero también entrañó mucho de efímero.

Casi todos esos hombres cayeron pronto derribados de sus pedestales para ir a los cadalsos, a los patíbulos, a la sombría encrucijada del asesinato y al amargo y silente ostracismo. Se rebelaron y desataron a su sombra las fuerzas oscuras e instintivas del continente, que ellos con su formación europea y su desconexión con lo esencial del complejo cosmos americano, habían reemplazado por la limitada disciplina y jerarquía de sus logias y cábalas.

Por esto, a nuestro juicio, la ordenación salió de la tierra y del instinto latente en caudillos que, más tarde, afirmaron su

reinado en lo inmanente y permanente de estos pueblos, como fueron Rosas y Portales.

No envuelven mis afirmaciones un deseo iconoclasta ni menos una admiración al gaucho xenófobo y al picaresco ministro de Prieto, pero corresponden más a la objetividad histórica de hoy.

Continúa Mallea su ensayo definiendo las inquietudes y aspiraciones del hombre de 1900, cuyos meandros ofrece revelar en un próximo y prometedor libro.

Este hombre del 900 se caracteriza en Argentina por un sostenido y potencial instinto de expresión que no puede fundirse en la urbe con la substancia humana profunda de su superficie huidiza y enorme.

Las postreras páginas del fino libro que motiva este comentario se concretan a hacer sentir la angustia y la tortura de una generación que tiene los mismos problemas que la nuestra.

Es una voluntad de comunión y de amor, es decir, voluntad de unidad creadora.

Tal sentido informa las postreras manifestaciones de la inquietud de los argentinos, con su animada poesía, su recia novela y su multitud de ensayistas e intérpretes.

Entre todos Mallea se yergue por la calidad de su prosa y el raro atisbo de un espíritu en continua vigilia de captación.

Concluye el autor de *Conocimiento y Expresión de la Argentina* señalando la *secreta taciturnidad* como de subsuelo sombrío, que se advierte entre sus contemporáneos y que frustra aún los goces externos y transitorios de su corteza. Por esto el secreto de la nación vecina no está, a juicio de Mallea, en signos exteriores que desorientan a los hombres de Europa. No está en lo que llama «el progreso amonedado», sino en el silencioso y alargado duelo de su inquietud y de su búsqueda de expresión.

Todos los nuevos espíritus viven empeñados en descubrir lo que el mundo americano reclama, y es, según Mallea: conoci-

miento de sí y aplicación de este conocimiento a la integración y armonización de un orden.

Para él, el conocimiento no es más que «comprensión jerarquizada» de la que saldrá un selecto fruto nacido de una gravidez como ésta.

Cualquiera que sean las diferencias que en algunos aspectos se puedan tener con Mallea, temperamento sutil, artista selecto y prosista de primer orden, no puede dejarse de indicar la importancia de su breve y sugerente libro.

Ojalá que otras obras henchidas de palabrería y de retórica mulata que circulan por el continente como avanzadas del negroide en rebeldía, pudieran ostentar la elevada sinceridad y la fuerza singular de sus páginas.

*Conocimiento y Expresión de la Argentina* adelanta los elementos de un juicio más categórico que esperamos y nos alumbrará sobre los actuales problemas de América.—RICARDO A. LATCHAM.



SÓCRATES Y PLATÓN, por el *Dr. Cohn*.—Ediciones Antera.—Valparaíso.

Entre los títulos publicados por la Editorial Antera, organización porteña de fines exclusivamente culturales, logra particular relieve este tomito, dedicado a las dos figuras máximas de la filosofía clásica: Sócrates y Platón. El profesor Cohn, de la Universidad de Friburgo, nos ofrece en esta ocasión un esquema perfecto de estas dos columnas del pensamiento, sobre las cuales descansa toda la arquitectura filosófica antigua y moderna. «La filosofía viva empieza con Sócrates. Su vida y sus ideas se entrelazan íntimamente». El Dr. Cohn traza con elocuente sobriedad la personalidad de Sócrates, anotando su biografía sobre el fondo animado y épico de la vida ateniense, que ya comenzaba a ganar en profundidad con la venida de sabios extranjeros, portadores de la ciencia y de un espíritu altamente racio-